

fuga, y los cobardes que habían trazado este plan viéronse obligados á compartir con hombres valerosos el azar de la última tentativa. Mientras atravesaban el país situado entre Loch Long y Loch Lomond, los insurgentes eran hostigados constantemente por fuerzas de la milicia. Hubo algunas escaramuzas, en que la ventaja estuvo de parte del Conde, pero las mismas fuerzas que batía huyendo delante de él, esparcían las nuevas de su marcha, y no bien había atravesado el río Leven, se encontró con un gran cuerpo de tropas regulares, dispuesto á cortarle el paso.

Opinaba Argyle que se debía presentar batalla al enemigo. Ayloffé era de la misma opinión, mientras por otra parte Hume declaraba que intentar hacer frente sería locura. Tenían á la vista un regimiento de casacas rojas, detrás del cual podía haber otros, y por tanto, atacar tales fuerzas era correr á una muerte cierta. Lo mejor que se podía hacer era aguardar á la noche, y entonces, á favor de las tinieblas, huir sin que el enemigo lo advirtiese. Siguióse á esto un caluroso altercado, á que con gran dificultad puso término la mediación de Rumbold. A todo esto había llegado la tarde, y los ejércitos enemigos habían acampado á corta distancia el uno del otro. El Conde se aventuró á proponer un ataque nocturno, y nuevamente fué rechazada su proposición.

XVIII.

DISPERSIÓN DE LOS REBELDES. — ARGYLE PRISIONERO.

Una vez decididos á no pelear, no quedaba otro recurso que seguir el parecer de Hume. Además de la probabilidad de que levantando el campo secreta-

mente y caminando toda la noche por los pantanos y malezas, podía el Conde adelantarse muchas millas al enemigo y llegar á Glasgow sin encontrar ningún obstáculo. Dejaronse ardiendo los fuegos del vivac para engañar al enemigo, y empezó la marcha, y con ella una serie de desastres. Los guías se perdieron entre los pantanos, y guiaron al ejército por un terreno cenagoso, donde la disciplina y el orden militar no pudieron ya mantenerse entre soldados indisciplinados llenos de desaliento, obligados á caminar en la oscuridad por terreno resbaladizo é inseguro. Muy pronto se esparció el pánico entre las desordenadas filas. Cualquier ruido, la más leve apariencia les indicaba la aproximación de sus perseguidores. Algunos oficiales, en vez de combatir el terror del soldado, como era su deber, contribuían á aumentarlo. El ejército no era ya más que una multitud desordenada, que empezó á disminuir rápidamente. A favor de la oscuridad, muchos emprendían la fuga. Rumbold y un puñado de valientes que no retrocedían ante ningún peligro, se extraviaron y no pudieron ya reunirse al cuerpo del ejército. Cuando por fin amaneció, sólo quedaban del ejército de la víspera 500 fugitivos desalentados y exhaustos por la fatiga, reunidos en Kilpatrick. Todo pensamiento de continuar la guerra había terminado, y todos conocían que los mismos jefes de la expedición lograrían difícilmente escapar con vida: huyeron, pues, en distintas direcciones. Hume consiguió ponerse en salvo en el Continente. Cochrane fué cogido y enviado á Londres. Argyle creía hallar asilo seguro bajo el techo de uno de sus antiguos criados que vivía cerca de Kilpatrick; mas como le saliese fallida esta esperanza, vióse obligado á atravesar el Clyde. Se disfrazó de aldeano, pasando como guía del mayor Fullarton,

cuya animosa fidelidad estaba á prueba de todo peligro. Los amigos continuaron juntos su viaje por el Renfrewshire hasta llegar á Inchinnan. En aquel punto el Blaccart y el Whilecart, ríos que ahora corren entre prósperas ciudades dando impulso á las ruedas de muchas fábricas, y que entonces deslizaban su mansa corriente entre pantanos y praderas, se juntan antes de desembocar en el Clyde. El único sitio por donde podían los viajeros atravesar, estaba guardado por un destacamento de milicianos, quienes les hicieron algunas preguntas. Fullarton trató de hacer recaer toda sospecha sobre sí á fin de que su compañero pudiera pasar inadvertido. Mas bien pronto las respuestas del guía hicieron sospechar á los soldados que no era un rudo aldeano como el traje indicaba. Se apoderaron del Conde, quien logró desasirse de sus enemigos y arrojarle al río, pero en seguida lo cogieron otra vez. Por algún tiempo sostuvo un combate contra cinco soldados, pero no tenía más arma que sus pistolas, y como se habían mojado al tirarse él al río, no hacían fuego. Por fin fué derribado de un sablazo, y entonces se apoderaron de él.

Declaró que era el Conde de Argyle, probablemente en la esperanza de que tan gran nombre excitaria respeto y lástima en los que le habían cogido. Y en verdad, al saberlo se conmovieron mucho, porque eran Escoceses de humilde rango, que aunque habían cogido las armas en defensa de la Corona, tal vez preferían en su fuero interno el gobierno y el culto de la Iglesia calvinista, y se les había acostumbrado á reverenciar al que ahora era su prisionero, como cabeza de una ilustre casa y campeón de la religión protestante. Pero aunque evidentemente estaban emocionados, y aun algunos de ellos llegaron á derramar lágrimas, no se hallaban dispuestos á renunciar á una gran

recompensa, incurriendo además en la venganza de un Gobierno implacable. Llevaron por tanto su prisionero á Renfrew. El que tomó parte más activa en el arresto del Conde se llamaba Riddell, por lo que toda la raza de los Riddells fué durante más de un siglo tenida en aborrecimiento por la gran tribu de Campbell, y aun hay quien recuerda que cuando un Riddell iba á alguna de las ferias del condado de Argyle se veía obligado á cambiar de nombre.

Y entonces comenzó la parte más brillante de la carrera de Argyle. Hasta ahora su empresa no le había valido más que burlas y censuras. Su gran error había consistido en no negarse resueltamente á aceptar el nombre de general sin el poder que debe siempre acompañarle. Si hubiera permanecido tranquilo en su retiro de Frisia, al cabo de algunos años hubiera podido regresar con honor á la patria, figurando en primer término entre los próceres y magnates, ornamento de la monarquía constitucional. Si hubiera dirigido la expedición haciendo sólo lo que su inteligencia le dictaba, y no llevando consigo sino aquellos que estuvieran dispuestos á obedecer puntualmente sus órdenes, tal vez hubiera llevado á cabo algo grande, pues, según parece, lo que le faltaba para ser un buen general no era valor, ni actividad, ni pericia, sino tan sólo autoridad. Debía saber, ciertamente, que de cuantas cualidades pueden faltar á un buen caudillo, esta es la más fatal. Ejemplos hay de ejércitos que han triunfado obedeciendo las órdenes de generales no muy eminentes. Pero ¿cuándo un ejército mandado por una reunión tumultuosa ha escapado á la destrucción y á la derrota?

La gran desgracia que ahora pesaba sobre Argyle tenía para él de ventajoso darle ocasión de mostrar

de una manera incontestable qué clase de hombre era. Desde el día de su salida de Frisia, hasta la dispersión de sus secuaces en Kilpatrick, no había podido obrar nunca libremente, haciéndosele responsable de gran número de errores que su entendimiento había combatido. Mas al fin ya se hallaba solo, y el cautiverio le había devuelto la más noble de todas las libertades, la libertad de acomodar sus palabras y acciones al propio concepto del derecho y de las conveniencias sociales. A partir de aquel momento, parecía como inspirado por nuevo ingenio y virtud. Su inteligencia parecía haberse fortificado y concentrado, mientras su carácter mostraba al mismo tiempo más elevación y templanza. La insolencia de los vencedores no había perdonado nada de cuanto pudiera mortificar á un hombre orgulloso de su antigua estirpe y del dominio patriarcal. El prisionero fué conducido triunfalmente por las calles de Edimburgo. Iba á pie, con la cabeza descubierta, y así recorrió en toda su extensión la soberbia calle que á ambos lados limitan gigantescos y ennegrecidos caserones de piedra, y que conduce desde Holyrood House hasta el castillo. Delante de él marchaba el verdugo llevando el horrible instrumento de su profesión. El partido victorioso no había olvidado que treinta y cinco años antes, el padre de Argyle había sido jefe de la facción que condenó á muerte á Montrose. Antes de aquel acontecimiento no eran muy amigas las casas de Graham y Campbell, mas desde entonces se profesaban odio mortal. Túvose especial cuidado en hacer que el prisionero pasase por la misma puerta y recorriese las mismas calles que Montrose cuando fué condenado á la misma pena que él. Al mando de las tropas que escoltaban al reo iba Claverhouse, el más feroz y sanguinario de la raza de Graham. Cuando

llegó el Conde al castillo, cargaron sus piernas de grillos, informándole de que sólo le quedaban algunos días de vida. Habíase determinado no sentenciarle por su último delito, sino darle muerte en virtud de la sentencia pronunciada contra él algunos años antes, sentencia tan notoriamente injusta, que los más cínicos y serviles abogados de aquella infeliz edad no podían mencionarla sin rubor.

Pero ni la ignominiosa procesión de la calle principal (High-Street), ni la aproximación de la muerte, tuvieron poder para alterar la tranquila y majestuosa resignación que mostraba Argyle. Sin embargo, una prueba aun más dura estaba reservada á su fortaleza. Sujetósele á un interrogatorio de orden del Consejo privado. Contestó á todas las preguntas en que no resultaba ningún peligro para sus amigos, negándose á decir nada más. Díjosele que de no contestar cuanto supiese, se le sujetaría al tormento, y Jacobo, que sin duda sentiría no poder regocijar sus ojos viendo á Argyle sufrir la tortura, envió á Edimburgo órdenes terminantes de que no se omitiese nada de cuanto pudiera contribuir á arrancar del traidor noticias y declaraciones concernientes á sus cómplices. Pero todas las amenazas fueron en vano. Teniendo á la vista los tormentos y la muerte, Mac Callum More se ocupaba menos de su suerte que de la de sus pobres *clanes*. «*Hoy he estado ocupado, escribía desde su prisión, tratando en favor de ellos, y aun abrigo alguna esperanza; pero esta tarde han venido órdenes de que debo morir el lunes ó el martes, y que me sujetarán á la tortura si no respondo á todas las preguntas bajo juramento. Espero, con todo, que Dios me sostendrá.*»

No se le sujetó á la tortura. Tal vez la magnanimidad de la víctima había despertado en los vencedores inusitada compasión. Y él mismo ha notado que á pe-

sar de mostrarse al principio muy duros con él, bien pronto empezaron á tratarle con respeto y benevolencia. «Dios, dice él, ha ablandado sus corazones.» Debe también notarse que no hizo traición á ninguno de sus amigos, para evitar así que los contrarios ejerciesen en él todo el rigor de su crueldad, y la última mañana de su vida escribió estas palabras: «No he nombrado á ninguno para perjudicarlo. Doy gracias á Dios que me ha sostenido maravillosamente.»

Compuso él mismo su epitafio, breve poema lleno de intención, en sencillo y agradable estilo, y escrito en versos no despreciables. Quéjase en esta pequeña composición de que si bien sus enemigos habían decretado repetidas veces su muerte, sus amigos se habían mostrado aun más crueles. A estas frases puede servir de comentario una carta que dirigió á una dama residente en Holanda, la cual le había prestado una suma bastante crecida para la expedición, y á quien por tanto juzgaba él acreedora á una franca y completa explicación de las causas que le condujeran á tan desastroso término. Absolvió de traición á sus compañeros; pero hizo ver sus locas pretensiones, su ignorancia y su obstinada maldad, en términos que el propio testimonio de los acusados ha demostrado en lo sucesivo haber merecido plenamente.

Manifestaba luego su temor de haber usado lenguaje muy duro para sentar bien en boca de un cristiano próximo á la muerte, y en un papel aparte suplicaba á su amiga que omitiese cuanto le decía de aquellos hombres. «Sólo una cosa debo declarar, añadía, que eran ingobernables.»

Pasó gran parte de las horas que le quedaban de vida entregado á la devoción y en afectuosa plática con algunas personas de su familia. No mostraba arrepentimiento por su última empresa; mas decla-

raba con gran emoción su criminal conducta anteriormente en materias religiosas, sólo por no privarse del placer de gobernar, por lo que, añadía, había sido justamente castigado, pues quien por tanto tiempo fuera reo de cobardía y disimulo, no era digno de ser el instrumento de salvación de la Iglesia y del Estado. La causa, sin embargo, repetía con frecuencia, era la causa de Dios, y seguramente había de triunfar. «No pretendo, decía, echármelas de profeta; pero tengo la firme convicción de que muy pronto ha de venir la libertad.» No es extraño que algunos celosos presbiterianos grabasen esta frase en su corazón, atribuyéndola posteriormente á inspiración divina.

Tan eficazmente habían contribuido la fe religiosa y la esperanza á aumentar su natural valor y la serenidad de su espíritu, que en el mismo día en que había de morir comió con apetito, conversando alegremente en la mesa, y terminada su última comida, se acostó, como acostumbraba, á dormir una breve siesta, á fin de que su cuerpo y su espíritu pudieran hallarse en pleno vigor cuando llegase el momento de subir al cadalso. Mientras aun dormía Argyle, uno de los lores del Consejo, que probablemente fuera educado en las doctrinas presbiterianas, más que seducido por el interés, se había unido á los perseguidores de la Iglesia á que, en otro tiempo, había pertenecido, vino al castillo con un mensaje de sus colegas y solicitó ver al Conde. Contestáronle que estaba durmiendo, y como creyese el consejero que este era un pretexto, insistió en que había de entrar. Abrieron muy despacio la puerta del calabozo, y entonces pudo ver á Argyle en el lecho, y, á pesar de los grilletes, durmiendo tranquilamente el plácido sueño de la infancia. Tan sublime espectáculo hizo volver en sí la conciencia del renegado. El corazón le latía con tanta

violencia, que sintiéndose muy mal, corrió fuera del castillo, y se refugió en casa de una dama de su familia, que vivía muy cerca de allí. Arrojóse sobre una cama, entregándose por completo á la horrible angustia del remordimiento y la vergüenza. Su parienta, alarmada por sus miradas y gemidos, creyó que se había puesto malo repentinamente, y le pedía que bebiese una copa de licor. «No, no, dijo él; eso no me hará bien.» Y como ella le preguntase la causa de su aflicción: «He estado en la prisión de Argyle y le he visto, una hora antes de entrar en la eternidad, durmiendo con tal tranquilidad, como si nada hubiera de acontecerle. Pero yo...»

Ya por este tiempo se había levantado el Conde del lecho, y se preparaba á sufrir el rigor del destino. Lleváronle primero por la calle principal (High-Street) á la Casa del Consejo, donde había de permanecer el poco tiempo que faltaba aún para la ejecución. En este intervalo pidió papel y pluma, y escribió á su esposa. «Corazón mío, le decía, Dios es inmutable, siempre ha sido bueno y bondadoso conmigo, y nada puede hacerle variar. Perdóname todas mis faltas y consuélate en Aquél en quien tan sólo se halla verdadero consuelo. El Señor sea contigo, y te bendiga y te consuele, amada mía. Adiós.»

XIX.

EJECUCIÓN DE ARGYLE.

Llegó por fin la hora de abandonar la Casa del Consejo. Los ministros que acompañaban al prisionero no eran de su propia secta, pero él los escuchaba con gran cortesía, exhortándoles á prevenir sus ovejas contra aquellas doctrinas que todas las Iglesias pro-

testantes condenan unánimemente. Subió al cadalso, donde la ruda y antigua guillotina de Escocia, llamada *la doncella*, le esperaba, y dirigió al pueblo un discurso, expresándose en la peculiar fraseología de su secta, pero respirando el espíritu de la más serena piedad. Perdonaba á sus enemigos, dijo, como á su vez esperaba que le perdonasen. Sólo una expresión algo dura se escapó de sus labios, pues como uno de los clérigos episcopales que le asistían, adelantándose hacia la multitud, dijese en voz alta: «*Milord muere en el seno de la religión protestante*,—*Sí*, dijo el Conde adelantando un paso, *no sólo muero protestante, sino con el corazón lleno de odio al papismo, á los prelados y á todo género de supersticiones.*» Abrazó entonces á sus amigos, poniendo en sus manos algunos objetos para que se los llevasen en recuerdo á su esposa y á sus hijos, dobló la rodilla, puso la cabeza en el tajo, y después de orar breves instantes dió la señal al verdugo. Su cabeza estuvo expuesta en lo más alto del Tolbooth, donde antes había estado la cabeza de Montrose (1).

(1) Los autores de quienes he tomado la historia de la expedición de Argyle, son: sir Patricio Hume, fué testigo ocular de lo que relata, y Wodrow, que tuvo á su disposición materiales de grandísimo valor, entre los que se cuentan los papeles del mismo Conde. Siempre que he encontrado alguna diferencia entre las relaciones de Argyle y Hume, no he vacilado en seguir la del Conde, por no parecerme dudosa su fidelidad.

Véase también Burnet, 1, 631, y la vida de Bresson publicada por el Dr. Mac Crie. La descripción de la rebelión de Escocia que trae la *Historia de Jacobo II* de Clarke, es una novela ridícula compuesta por un jacobista que ni siquiera se tomó el trabajo de echar una ojeada al mapa del teatro de la guerra..

XX.

EJECUCIÓN DE RUMBOLD.

Ya por este tiempo se veía en el West Port de Edimburgo la cabeza del bravo y sincero, aunque no del todo inocente, Rumbold. Rodeado de amigos divididos y cobardes, habíase portado en toda la compañía como un soldado educado en la escuela del gran Protector; en el Consejo siempre había sostenido la autoridad de Argyle, y en el campo se había distinguido por su serena intrepidez. Después de la dispersión del ejército, fué detenido por un destacamento de la milicia. Se defendió desesperadamente, y se hubiera abierto paso á través de sus contrarios á no haberle matado el caballo. Trajéronle á Edimburgo mortalmente herido. El deseo del Gobierno era que fuese ejecutado en Inglaterra, pero su situación era tan desesperada que como no lo ahorcasen en Escocia, no podrían ahorcarle en parte alguna, y era éste un placer de que no se privarian fácilmente los vencedores. No era de esperar que se mostrasen muy blandos con el que consideraban como jefe de la conspiración de Rye House, el cual era además dueño del edificio que diera nombre á la conspiración; pero la crueldad con que se ensañaron en el infeliz moribundo, parece en nuestra época casi increíble. Uno de los del Consejo privado de Escocia le calificó de un miserable condenado, á lo que Rumbold contestó tranquilamente: *«Si estoy en paz con Dios, ¿cómo puedo estar condenado?»*

Juzgósele con gran rapidez, se le declaró convicto, sentenciándole á ser ahorcado y descuartizado de allí

á algunas horas, cerca de City Cross, en la calle principal (High-Street). Aunque no podía sostenerse sin la ayuda de dos hombres, mostró gran fortaleza hasta lo último, y al llegar al pie de la horca, levantó su débil voz contra los papistas y los tiranos con tal vehemencia, que los oficiales mandaron redoblar á los tambores para que el pueblo no le oyese. Dijo que era partidario de la monarquía limitada, pues nunca creería que la Providencia había enviado á algunos hombres al mundo con botas y espuelas como dispuestos á montar, y á millones de infelices ensillados y con brida para que los montasen. *«Deseo, exclamaba, bendecir y ensalzar el santo nombre de Dios, declarando que si estoy aquí no es por ningún mal que le haya hecho, sino por haber abrazado su causa en mal día. Si cada uno de los cabellos de mi cabeza fuera un hombre, no vacilaría en aventurarlos todos en la contienda.»*

Así ante los jueces como en la ejecución, habló del asesinato con el aborrecimiento que conviene á un buen cristiano y á un valiente soldado. Protestó, á fe de moribundo, no haber nunca abrigado el pensamiento de cometer tal villanía; mas declaraba francamente que en conversación con los otros conspiradores había mencionado su casa como lugar á propósito desde donde se podría atacar con ventaja á Carlos y á Jacobo, y que si bien habían hablado mucho acerca del asunto, no se había llegado á resolver nada. Puede parecer á primera vista que esta declaración se contradice con lo que anteriormente había afirmado, que el asesinato le causaba horror. Pero es lo cierto que establecía él, según parece, una distinción que alucinó á muchos de sus contemporáneos. Nada hubiera podido inducirle á envenenar á los dos Príncipes ó á darles de puñaladas cuando estuviesen durmiendo; pero arrojarse inopinadamente

sobre los Guardias de Corps que rodeaban el coche real, y tras un breve combate dar ó recibir la muerte, era, en su opinión, un ardid militar legal á todas luces. Las emboscadas y sorpresas figuraban entre los incidentes ordinarios de la guerra. Todos los veteranos, *caballeros* ó cabezas redondas habían tomado parte en tales empresas. Si en la escaramuza el Rey caía, sería en lucha leal y no asesinado. Precisamente el mismo razonamiento empleaban, después de la revolución, Jacobo y sus más valientes y celosos partidarios para justificar un infame atentado contra la vida de Guillermo III. Una banda de jacobistas tenía orden de atacar al Príncipe de Orange en sus cuarteles de invierno. La intención oculta bajo esta frase especiosa, era que le cortasen la cabeza cuando fuese en su coche de Richmond á Kensington. Parecerá extraño que los artificios de la casuística jesuita tuviesen poder bastante para arrastrar á hombres animosos, así toríes como whigs, á un crimen sobre el cual las leyes divinas y humanas han arrojado con justicia peculiar nota de infamia. Mas no hay sofisma grosero en demasía para no alucinar á la inteligencia extrañada por el espíritu de partido (1).

(1) Wodrow, III, ix, 10; *Western Martyrology*; Burnet, I, 633; *Fox's History*, apéndice iv. No hallo otro medio que el indicado en el texto de conciliar la negativa de Rumbold á haber admitido nunca ni la idea del asesinato, con su confesión de haber indicado él mismo su propia casa como lugar conveniente para atacar á los reales hermanos. La distinción que yo supongo establecía Rumbold, hállase en otro conspirador de Rye House, antiguo soldado también de la República, el capitán Walcot. En su proceso, West, testigo de la Corona, dijo: «*Habéis declarado, capitán, ser uno de los que habian de atacar á los guardias. —¿Por qué razón, pues, preguntó el Chief Justice Pemberton, no habia también de matar al Rey? —Dijo, contestó West, que era una acción baja matar á un hombre desarmado, y que él no lo haria.*»

Argyle, que sobrevivió á Rumbold algunas horas, dejó al morir testimonio de las virtudes del valeroso inglés. «*El pobre Rumbold, dijo, me sirvió de mucho: fué valiente soldado y murió como cristiano*» (1).

XXI.

MUERTE DE AYLOFFE.

Ayloffé mostró igual desprecio á la muerte que Argyle ó Rumbold, pero su fin no sirvió, como el de aquéllos, á edificar las almas piadosas. Aunque la simpatía política le había atraído hacia los puritanos, en religión no opinaba como ellos, por lo que le miraban casi como ateo. Perteneecía á aquella fracción de los whigs que buscaba sus modelos más bien entre los patriotas de Grecia y Roma que entre los profetas y jueces de Israel. Fué cogido prisionero y conducido á Glasgow. Allí intentó poner fin á su vida, valiéndose de un cortaplumas; pero aunque se hizo algunas heridas, ninguna de ellas resultó mortal, y se le consideró bastante fuerte para resistir hasta llegar á Londres. Lleváronle ante el Consejo privado, donde fué interrogado por el mismo Rey; pero tenía él demasiada entereza para salvarse declarando en contra de otros. Contábase entre los whigs, que como el Rey le dijese: «*Mejor os sería ser franco conmigo Mr. Ayloffé. Sabéis que en mi poder está el perdonaros,*» el prisionero, rompiendo su obstinado silencio, contestó: «*Tal vez esté en vuestro poder, mas no así en vuestra naturaleza.*»

(1) Wodrow, III, ix, 9.

Fué ejecutado frente á la puerta del Temple, en virtud de la antigua sentencia pronunciada contra él, y murió con estoica compostura (1).

XXII.

DEVASTACIÓN DEL CONDADO DE ARGYLE.

Al mismo tiempo la venganza de los vencedores se ejercía sin piedad en la población del condado de Argyle. Muchos de los cómplices fueron ahorcados sin formación de causa por Athol, y aun costó gran trabajo al Consejo privado impedir que sacrificase mayor número de víctimas. Todo el país, en treinta millas á la redonda de Inverary, fué entregado á la devastación. Quemaron las casas; hicieron pedazos las piedras de los molinos; derribaron los árboles frutales y llevaron la barbarie hasta quemar las raíces. Las redes y lanchas de los pescadores, único medio de subsistencia de gran número de habitantes de la costa, fueron destruidas por completo. Más de trescientos rebeldes y descontentos fueron deportados á las colonias, y entre ellos hubo muchos condenados á sufrir horribles mutilaciones. En un solo día, el verdugo de Edimburgo cortó las orejas á treinta y cinco prisioneros. Gran número de mujeres fueron enviadas al otro lado del Atlántico, marcándolas antes con un hierro candente en la mejilla; y no contentos aún con esto, trataban de obtener una ley del Parlamento

(1) Wade's *Narrative*, Harl. M.S. 6.845; Burnet, i. 624; Citters *Despacho* de 30 de octubre (9 de nov.) 1635; Luttrell *Diary* de igual fecha.

proscribiendo el nombre de Campbell, de igual modo que ochenta años antes fuera proscrito el de Mac-Gregor (1).

La expedición de Argyle produjo poca sensación, á lo que parece, en el Mediodía de la Isla. Aún no se había reunido el Parlamento inglés, cuando llegó á Londres la nueva de su desembarco. Anunció el Rey la noticia desde el trono, y las Cámaras protestaron que estarían á su lado contra cualquier enemigo. Nada más podía pedírseles. En Escocia no tenían autoridad, y una guerra cuyo teatro se hallaba tan distante y cuyo desenlace, casi desde el principio, era fácil prever, despertaba muy poco interés en Londres.

XXIII.

INÚTILES TENTATIVAS PARA IMPEDIR LA EXPEDICIÓN DE MONMOUTH.

Pero una semana antes de la total dispersión del ejército de Argyle llevó la agitación á Inglaterra la noticia de que un invasor más formidable había desembarcado en sus propias costas. Habíase convenido entre los emigrados que Monmouth se hiciese á la vela seis días después de la partida de los Escoceses. Había diferido el Duque por breve tiempo su salida, probablemente en la esperanza de que la mayor parte de las tropas del Sur de Inglaterra se trasladarían al Norte, no bien comenzase la guerra en las *tierras altas*, permitiéndole de este modo efectuar su desem-

(1) Wodrow, III, ix. 4. y III, ix. 10. Wodrow copia de las *Actas del Consejo* los nombres de todos los prisioneros que fueron deportados, mutilados ó marcados en la mejilla.